

UN
RÍO EN
UNA MEMORIA LA
OSCURIDAD

La huida de un hombre
de Corea del Norte

Masaji Ishikawa

Capitán Swing®

UN RÍO EN LA OSCURIDAD

La huida de un hombre
de Corea del Norte

Masaji Ishikawa

Traducción de
Esther Cruz Santaella

Capitán Swing 

UN RÍO EN LA OSCURIDAD

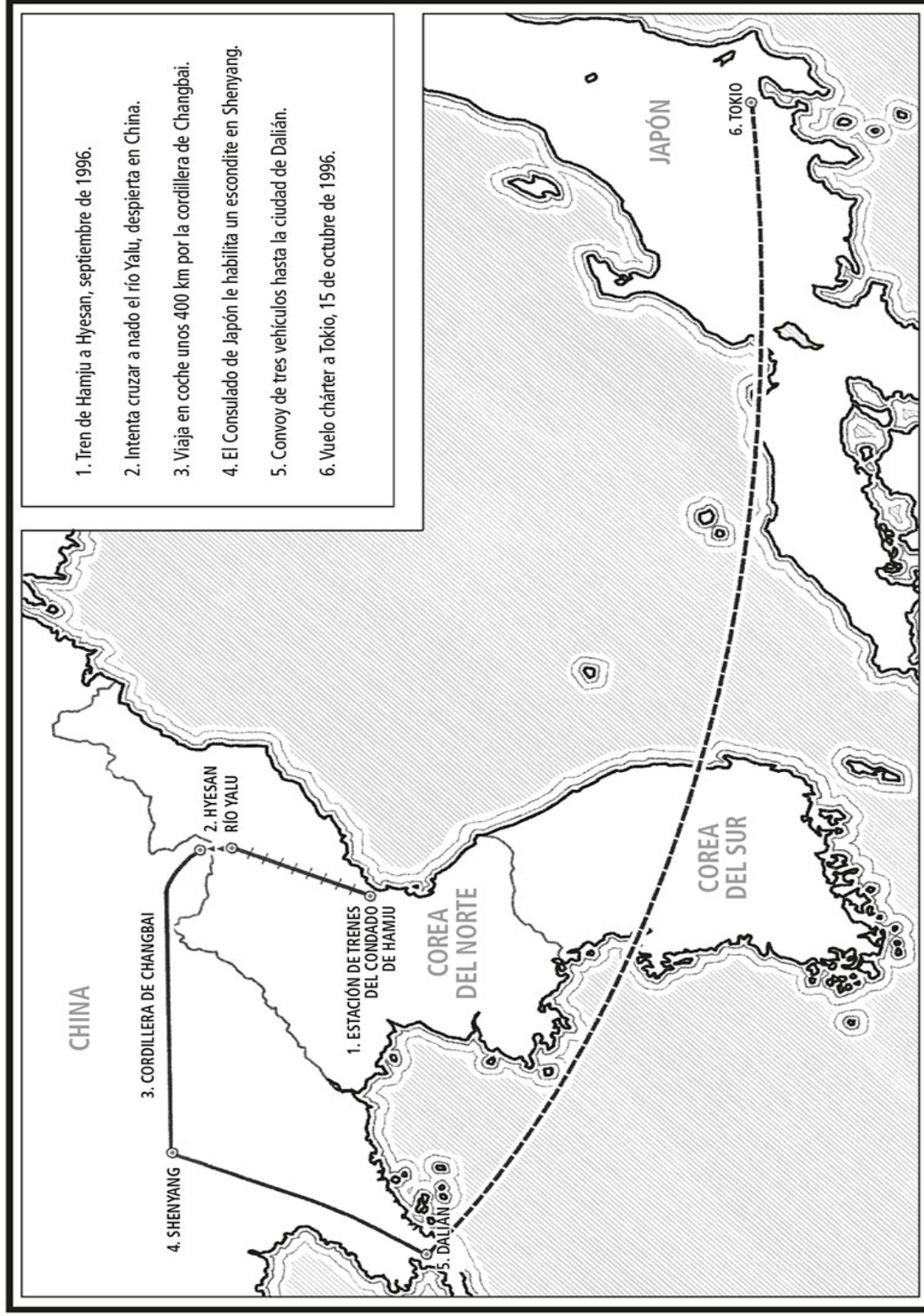
La huida de un hombre
de Corea del Norte

Nota

Cuando se publicó este libro en Japón, y con el objetivo de proteger a su familia y a sus amigos que seguían en Corea del Norte, Ishikawa cambió algunos nombres del texto y decidió no desvelar ciertos detalles. Usó asimismo el seudónimo Shunsuke Miyazaki (Miyazaki Shunsuke, según el orden japonés). Por lo demás, todos los hechos descritos en esta obra ocurrieron tal y como el autor los recuerda, o tal y como se los contaron terceras personas.

UN RÍO
EN LA
OSCURIDAD





Prólogo

¿Que qué recuerdo de esa noche? ¿De la noche que escapé de Corea del Norte? Hay muchas cosas desde luego que no recuerdo, que me he sacado de la cabeza para siempre... Pero voy a hablar de lo que sí me acuerdo.

Está chispeando. Al poco, la llovizna se convierte en lluvia torrencial: mantas de agua tan densas que estoy empapado de los pies a la cabeza. Me derrumbo al abrigo de un arbusto, absolutamente incapaz de medir el paso del tiempo. Estoy agotado por completo.

Tengo las piernas hundidas en el fango, pero de algún modo logro salir arrastrándome de debajo del arbusto. Entre las ramas, alcanzo a ver el río Yalu delante de mí. Pero ha cambiado, está totalmente irreconocible. Esta mañana había niños caminando por las aguas en lo que era poco más que un arroyo. Sin embargo, el chaparrón en cascada lo ha convertido en un torrente imposible de cruzar.

Al otro lado del río, a algo menos de treinta metros, logro distinguir China, velada por la neblina. Treinta metros: la distancia entre la vida y la muerte. Estoy tiritando. Sé que ha habido innumerables norcoreanos aquí antes que yo, al abrigo de la oscuridad, con la mirada puesta en China y la

cabeza llena de recuerdos de personas a las que acababan de dejar atrás. Personas que, como las que he dejado yo, se estaban muriendo de hambre. ¿Qué más podían hacer? Fijo los ojos en el torrente y me pregunto cuántos lo conseguirían.

En cualquier caso, ¿qué diferencia hay? Si me quedo en Corea del Norte, moriré de hambre. Tan sencillo como eso. Al menos de este modo tengo una posibilidad: una posibilidad de conseguirlo, de poder rescatar a mi familia o al menos ayudarla de alguna manera. Mis hijos siempre han sido mi razón para vivir. Muerto no les sirvo de nada. Y aun así no me puedo creer lo que estoy a punto de hacer. ¿Cuántos días han pasado desde que tomé la decisión de escapar por la frontera y regresar al país en el que nací? Me paro a pensarlo.

Cuatro días... Parece toda una vida. Hace cuatro días me marché de casa. Miré la cara de mi esposa y las caras de mis hijos por última vez, lo sabía. Pero no podía dejarme llevar por ese tipo de pensamientos. Si quería tener alguna oportunidad de ayudarlos, debía irme mientras aún me quedaban fuerzas para escapar. O morir en el intento.

¿Y qué he comido desde entonces? Unas cuantas mazorcas de maíz, sin granos. El corazón de alguna manzana. Varias sobras que he ido sacando de la basura de otra gente.

Busco a los guardas, que sé que andan merodeando por la orilla cada cincuenta metros, más o menos. Estoy preparado para morir de puro agotamiento o ahogado al tratar de cruzar el río. Pero no dejaré que esos guardas me atrapen. Cualquier cosa menos eso. Me sumerjo en el río.

Las últimas palabras que le dije a mi familia aún resuenan en mis oídos. «Si logro llegar a Japón, de un modo u otro, da igual lo que me cueste, os llevaré allí también».

Uno no elige nacer. Simplemente pasa. Hay quien dice que tu cuna marca tu destino. Yo digo que una mierda, y un poco del tema sí que sé. No nací una sola vez, sino cinco. Y las cinco veces aprendí la misma lección: hay ocasiones en la vida en las que tienes que agarrar eso que llaman destino por el cuello y retorcerle el pescuezo.

Mi nombre japonés es Masaji Ishikawa y mi nombre coreano, Do Chan-sun. Nací (por primera vez) en el barrio de Mizonokuchi, en la ciudad de Kawasaki, al sur de Tokio. Tuve la mala suerte de nacer entre dos mundos: padre coreano y madre japonesa. Mizonokuchi es una zona de montañas con pendientes suaves que actualmente se llena los fines de semana con visitantes llegados de Tokio y de Yokohama, atraídos por la idea de escapar de la ciudad y respirar aire fresco. Pero hace sesenta años, cuando yo era niño, en el barrio había poco más que unas cuantas granjas, con unos canales de riego por en medio que llegaban allí desde el río Tama.

Por entonces, los canales de riego no solo se usaban para la agricultura, sino también para tareas domésticas, como lavar la ropa y fregar los platos. De niño, pasaba los largos días del verano jugando en esos canales. Me tumbaba en

una tina grande y flotaba por el agua toda la tarde, tomando el sol y observando las nubes cruzar el cielo. Visto con mis ojos de crío, el lento movimiento de esas nubes a la deriva hacía que el cielo pareciese una enorme extensión de mar. Me preguntaba qué pasaría si dejase a mi cuerpo ir sin rumbo con las nubes. ¿Cruzaría el mar y llegaría a un país desconocido para mí? ¿Un país del que nunca hubiese oído hablar? Pensaba en miles de opciones de futuro. Quería ayudar a la gente pobre (a familias como la mía) a hacerse más rica y disponer de recursos con los que disfrutar de la vida. Y quería que en el mundo reinase la paz. Soñaba con que un día sería primer ministro de Japón. ¡Qué poco sabía de la vida!

Solía subir a un monte cercano para coger escarabajos bajo el rocío de primera hora de la mañana. Los días de fiesta, iba detrás del santuario portátil y seguía la danza con mi máscara de león puesta. Todos mis recuerdos son bonitos. Mi familia era pobre, pero los días de mi infancia en Mizonokuchi fueron los más felices de mi vida. Incluso ahora, cuando pienso en mi ciudad natal, no puedo evitar que me broten las lágrimas. Daría cualquier cosa por volver a esa época de felicidad, por sentirme así de inocente y lleno de esperanza una vez más.

A las afueras de Mizonokuchi había una aldea en la que vivían unos doscientos coreanos. Más tarde descubrí que muchos habían llegado allí más o menos arrastrados desde Corea para trabajar en la fábrica de munición que había en los alrededores. Mi padre, Do Sam-dal, fue uno de ellos. Nació en una granja en el pueblo de Bongchon-ri, situado en la actual Corea del Sur, y con catorce años lo reclutaron

a la fuerza —en realidad, lo secuestraron— y lo llevaron a Mizonokuchi.

De todos modos, yo ni siquiera supe que tenía padre hasta que entré en primaria. No guardo de él ningún recuerdo anterior. A decir verdad, fui consciente por primera vez de su existencia cuando mi madre me llevó a un lugar extraño —que luego descubrí que era una cárcel— a visitar a un hombre al que no reconocí. Fue ese día cuando mi madre me dijo quién era mi padre. Pasado el tiempo, el hombre al que había visto al otro lado del cristal en la sala de visitas se presentó en nuestra casa. En la zona tenía mala reputación por ser un tipo peligroso y nuestros parientes lo evitaban.

Mi padre apenas aparecía por casa, pero cuando lo hacía, dedicaba la mayor parte del tiempo a darle unos buenos tragos a un licor de olor fuerte. Era capaz de acabarse un par de litros de sake de un plumazo. Y lo peor: borracho o no, le pegaba a mi madre siempre que estaba en casa. Mis hermanas se asustaban tanto que solían agazaparse en un rincón acobardadas. Yo intentaba detenerlo enganchándome a su pierna, pero siempre me apartaba a patadas. Mi madre trataba de no gritar, así que aguantaba el dolor apretando los dientes. Me sentía impotente y tenía miedo por ella, pero no podía hacer nada. Conforme pasó el tiempo, me limité a hacer lo posible por apartarme del camino de mi padre, cosa nada complicada, dado que nunca me prestó demasiada atención. De todos modos, más de una vez se me pasó por la cabeza la idea de ir a por él cuando me hiciese mayor.

Mi madre se llamaba Miyoko Ishikawa. Nació en 1925. Sus padres tenían una tienda de pollos en la esquina de la antigua calle comercial. Mi abuela, Hatsu, era la que llevaba el negocio; hacía un trabajo complicado y sucio. La carne de pollo no venía bien cortadita y empaquetada como ahora, nada de eso. Las jaulas se apilaban de cualquier manera delante de la tienda y, cuando aparecía un cliente, mi abuela sacaba entre cacareos algún pollo de su jaula y lo mataba allí mismo.

Mi abuela padecía de asma, así que le daban ataques de tos con frecuencia. Siempre que me veía llegar a casa del colegio o de estar jugando en algún sitio, arqueaba la espalda y me decía: «Mabo, ¿me das un masajito?». Y entonces yo le acariciaba y le masajeaba aquella espalda menuda durante unos minutos. En esos ratos que pasábamos juntos, siempre me repetía: «Eres un buen niño. No deberías ser como tu padre. No entiendo por qué tu madre cometió el error de casarse con él».

Muy pronto comprendí por qué usaba la palabra *error*. Los Ishikawa eran una familia respetada y muy arraigada en la zona. Había muchas ramas de los Ishikawa en Mizonokuchi. Junto al resto de la gente del lugar, formaban una comunidad muy unida. Mi abuelo, Shoukichi, murió antes de que yo naciera, pero siempre me contaban que había sido un hombre bueno y afable que cuidaba de su familia y del resto de su comunidad. Mandó a mi madre a una escuela de secundaria femenina y la animó a aprender a coser. Pese a que no se podía decir que la familia fuese adinerada, mi abuelo hizo todo lo posible para que sus hijos tuviesen algún tipo de educación.

Mi madre era una mujer de carácter fuerte. Tenía la cara ovalada y, a su modo, era guapa. Mi padre, por el contrario, tenía unos ojos afilados como cuchillas, un cuerpo bien formado y unos hombros musculosos. No sé lo que mi madre vio en él; quizá se sintió atraída por la seguridad y el instinto de supervivencia de mi padre. Sí sé que la comunidad local se sorprendió cuando empezaron a vivir juntos. A sus espaldas, la gente los llamaba la Bella y la Bestia y se preguntaba por qué mi madre se había casado con un hombre tan horrible.

En una ocasión, mi abuela me dijo: «Los coreanos son unos bárbaros». Yo la quería, pero aquel comentario me molestó. Aunque me sentía japonés —y lo sentía con absoluta convicción—, era medio coreano y ella lo sabía perfectamente. Los hermanos mayores de mi madre, Shiro y Tatsukichi, hacían comentarios similares algunas veces. Los habían llamado a filas para servir en el Ejército japonés en Manchuria, y siempre describían a los coreanos como pobres y desaliñados, como un puñado de gorilas. Nunca tuvieron las agallas de decir nada así delante de mi padre, claro. Pero cuando él no estaba, Shiro soltaba a menudo: «Miyoko haría bien en divorciarse lo antes posible. Los coreanos están podridos hasta la médula». Pese a que me daba una punzada de incomodidad siempre que les oía decir esas cosas, no podía evitar estar de acuerdo con ellos. Sentía una profunda repugnancia hacia mi padre, quien desde luego hacía honor a esa reputación de bárbaros de los coreanos cada vez que le pegaba a mi madre. En vista de cómo la atormentaba día tras día —y de que, en el proceso, nos tenía atemorizados a mis hermanas y a mí—,

tampoco fue demasiada sorpresa que yo creciese detestando a los coreanos igual que mi abuela.

Mi padre solía pasearse por el barrio pavoneándose, acompañado de veinte o treinta secuaces coreanos. Era uno de los cabecillas de la comunidad coreana y disfrutaba buscando pelea con cualquier japonés que lo pusiera de los nervios. No le importaba quién fuese. ¿Un policía especial? Vale. ¿Un policía militar? Venga. Los coreanos dependían de él para sentirse protegidos, sí, pero a los japoneses los tenía muertos de miedo.

Insistía siempre en hacer las cosas a su manera. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, abrió un puesto callejero de productos del mercado negro con algunos de sus compinches. Vendían comida enlatada producida en la fábrica de munición en la que él mismo había trabajado, además de azúcar, harina, galletas, ropa y otros productos que se agenciaban ilegalmente a través de soldados estadounidenses. Un día, mi padre y sus compinches se vieron involucrados en una reyerta enorme contra unos soldados americanos por la mercancía que estaban vendiendo. La mala fama de mi padre tenía su razón de ser.

Tampoco es que le quedasen muchas alternativas. La derrota japonesa en la Segunda Guerra Mundial dejó a 2,4 millones de coreanos varados en Japón. No pertenecían ni al bando ganador ni al perdedor, ni tampoco tenían ningún sitio al que ir. Una vez liberados, a los coreanos simplemente los echaron a las calles. Desesperados y empobrecidos, sin forma humana de ganarse la vida, asaltaban los camiones de comida destinada a los miembros de las fuerzas armadas imperiales de Japón y

vendían el botín en el mercado negro. Incluso quienes nunca antes habían sido violentos apenas tenían otra opción que convertirse en delincuentes.

De un modo algo extraño, esa actividad ilegal sirvió en realidad para liberar a aquellas personas. Durante la guerra, solo habían tenido dos alternativas, a cuál más nefasta: podían hacerse soldados y servir en el ejército de su enemigo o podían convertirse en civiles y trabajar como esclavos para satisfacer las necesidades de la guerra. A los soldados los mandaban al frente para usarlos como escudos humanos frente a los proyectiles. A los jornaleros los machacaban —a veces, hasta la muerte— trabajando en minas de carbón o fábricas de munición. La vida de delincuente supuso, por tanto, una especie de liberación.

En cierto momento, mi padre se unió a la entonces llamada Asociación General de Coreanos en Japón, que luego pasó a ser la Liga de Coreanos Residentes en Japón. Dicha comunidad, creada para los coreanos que vivían en Japón, fomentaba el principio de amistad entre japoneses y coreanos, y procuraba ayudar a estos últimos a llevar una vida estable y normal en Japón. Sin embargo, no era esa una tarea tan sencilla como podría parecer. Incluso desde antes de la Segunda Guerra Mundial, muchos coreanos con «residencia permanente» en Japón habían respetado al Partido Comunista. Las políticas comunistas eran antimperialistas, y el partido defendía los derechos de los coreanos con residencia permanente. Al terminar la guerra, no mucho después de que se crease la Asociación, un famoso comunista llamado Kim Chon-hae salió de prisión junto a varios miembros más del Partido Comunista. Todos

ellos se habían mantenido firmes en su desafío desde la cárcel y se habían negado a cambiar de ideas. Tras su puesta en libertad, ejercieron una fuerte influencia en la Asociación, que de manera natural adquirió, como resultado, unos tintes más izquierdistas. No obstante, el principio fundamental que regía el comportamiento de mi padre en aquel tiempo no tenía nada que ver con el socialismo. Lo importante para él era el nacionalismo.

Desde mi punto de vista, había poca diferencia entre un movimiento socialista, un movimiento nacionalista y una reyerta brutal en el mercado negro. Todas esas personas tenían un par de cosas en común: todas tenían sus propias historias personales en Japón y todas eran pobres. Solo querían reafirmar su existencia. Y eso suponía luchar como pudiesen por obtener algún tipo de poder.

Dentro de la Asociación, a mi padre lo conocían como el Tigre; ninguna sorpresa. Contaba con su propia «fuerza de acción», formada por leales luchadores callejeros que, en realidad, eran un grupo de tíos que se juntaban delante de la tienda, encendían un fuego en una cesta de hierro y se pasaban el día hinchándose de licor. No sé si debatían allí sobre los problemas del mercado negro o simplemente esperaban a que hiciese falta la intervención de su «fuerza de acción», pero siempre que pasaba algo y se requería su presencia, se ponían en marcha y corrían adonde fuese.

Al final, a mi padre se le vino todo abajo. En 1949, declararon la Asociación General de Coreanos en Japón como grupo terrorista y ordenaron su disolución. La Liga de Coreanos Residentes en Japón sirvió de sustituta para muchos, pero los tiempos habían cambiado. Para entonces,

se había restaurado el orden público y la gente como mi padre, un luchador callejero impulsivo y sin apenas educación, sencillamente ya no era necesaria. Lo que sí hacía falta en la recién creada Liga en aquella época eran administradores cualificados. En el nuevo orden, no había lugar para mi padre, que ni siquiera sabía leer. No puedo evitar preguntarme ahora si el rechazo que sufrió por parte de ese grupo acabó por hacerlo más vulnerable a las promesas que empezó a oír sobre la gran vida que podría llevar en Corea del Norte...

Estos días, noto que me vuelven cada vez más y más recuerdos. A veces, desearía que no fuese así.

Tenía tres hermanas más pequeñas que yo —Eiko, Hifumi y Masako—, aunque en Japón pasamos muy poco tiempo viviendo juntos. Nuestra familia era muy pobre, así que nos dividieron y nos mandaron a vivir a casas de otros parientes, para que entre todos compartiesen la tarea de cuidarnos y aligerar así la carga. Eso cambió el año que yo estaba en el último curso de primaria, cuando nos mudamos todos juntos a Nakano, en Tokio. Mi padre había decidido aceptar un trabajo en la industria de la construcción. O eso decía. Sé que tuvimos que mudarnos con muchísima prisa. Ni siquiera pudimos despedirnos de nuestros vecinos y nos vimos obligados a dejar atrás a nuestra querida abuela.

Pese a que me inquietaba tener que abandonar todo lo que conocía y mudarme a un sitio que nunca había visto, al principio me gustó nuestra nueva vida. Empezamos a vivir como una familia de verdad. Nos levantábamos juntos por la mañana y nos íbamos a la cama juntos por la noche.

Cenábamos juntos y teníamos rutinas de familia. Esas pequeñas cosas suponían mucho para mí. Después de todo, las pequeñas cosas suelen unir a las familias mediante los lazos del amor familiar. Sin embargo, esa felicidad quedó destruida casi antes de echar a andar. No pasó mucho tiempo antes de que regresara la violencia de mi padre, y fue peor que nunca.

A las pocas semanas de llegar, él empezó a beber de nuevo, en cuanto volvía a casa al final del día. Y seguía bebiendo hasta que adoptaba una expresión oscura, con el ceño fruncido. Cuando eso ocurría, mi madre nos aislaba a mis hermanas y a mí en la habitación contigua. Nos quedábamos allí, impotentes, y escuchábamos cómo se desencadenaba lo inevitable. El despiadado sonido de la voz de mi padre riñendo a nuestra madre. El ruido que hacía cuando le pegaba. Los gritos de mi padre intentando ahogar los sollozos de ella. Ocurría lo mismo una noche tras otra. Pocas veces entendía lo que mi padre le decía a mi madre, pero fuera lo que fuese, ella nunca parecía ofrecer resistencia; se limitaba a llorar. En varias ocasiones, traté de irrumpir en la habitación para detenerlo. Una vez, incluso le mordí la pierna. Pero él me tiraba al suelo de una patada. Mi madre se echaba encima de mí, para protegerme con su cuerpo. Hasta que mi padre se aburría y, borracho como una cuba, salía tambaleándose de casa y desaparecía en mitad de la noche. Y mi madre, mis hermanas y yo nos acurrucábamos en el suelo y llorábamos en silencio.

Una noche, uno de los vecinos oyó los gritos de mi madre e intervino. El hombre pilló a mi padre con la guardia baja